

Reseñas de Libros / Book Reviews

Alden, Chris, *China en África*. Barcelona, Intermón Oxfam, 2008, 137 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

En las últimas décadas el desarrollo de países como China ha supuesto una de las grandes transformaciones de nuestro mundo, con importantes implicaciones geopolíticas y estratégicas. Tras un mundo polarizado y encorsetado en los bloques de la Guerra Fría, el agotamiento y descomposición del socialismo soviético y el triunfo de la opción capitalista hacía prever la existencia de un nuevo mundo dominado por la economía de mercado y los regímenes parlamentarios articulado en torno al liderazgo de países como EEUU y, en menor medida, Alemania y Japón.

Ya en la década de los noventa pudo observarse que esta visión idealizada y simplista del mundo posterior a la Guerra Fría se enfrentaba a una realidad mucho más compleja. En este sentido, surgieron nuevas problemáticas y puntos de conflicto (desarrollo del terrorismo global, aumento exponencial de los flujos migratorios, inviabilidad del proyecto de “democracia universal”,...). En este contexto, una de las transformaciones más importantes será protagonizada por un país como China, cuyas estructuras de carácter socialista serán capaces de adaptarse a la nueva situación mundial desarrollando todo el amplio potencial del país. Efectivamente, la adaptación de China al sistema capitalista y la adopción de diversas medidas internas de organización mixta han permitido en los últimos años el crecimiento, el desarrollo y la modernización del país hasta el punto de conseguir que un régimen que en principio parecía condenado al fracaso en el nuevo contexto mundial de 1990 haya conseguido un índice de crecimiento en estas dos últimas décadas verdaderamente impredecible con anterioridad.

A nivel internacional, obviamente, esa situación se ha traducido en la consolidación de un rol importante dentro del escenario mundial y el desarrollo de importantes áreas de influencia,

principalmente en el continente africano. En este sentido, la obra que tenemos entre manos explica, de forma breve y clara, la consolidación de esta área de influencia aproximadamente entre 1993-2006, las motivaciones de los distintos actores implicados y los distintos puntos de conflicto que han surgido en el proceso, prestando especial atención al papel de Occidente ante este hecho.

La transformación económica y social a que hacíamos referencia más arriba en el caso chino provocó también un importante giro en sus intereses en materia internacional. Así, tras la consolidación del régimen comunista chino, su principal objetivo en política internacional será lograr el respaldo diplomático del mayor número de países y regímenes en su particular pugna frente al Gobierno de Taipei. En los años noventa, el desarrollo económico del país impondrá, por el contrario, nuevas necesidades y objetivos, especialmente en lo referente al control de materias primas y recursos energéticos, insustituibles para mantener el crecimiento general del país.

La actividad diplomática y militar en aras del control de los recursos energéticos del planeta ha sido una constante en la historia del ser humano, si bien resulta especialmente reseñable en la segunda mitad del siglo XX, vinculada a la importante necesidad de materia prima para hacer sostenible el ritmo de crecimiento de estos años. Así, EEUU, Alemania, Japón o la Unión Soviética desarrollarán toda una serie de áreas de influencia, obviamente mediatizadas por otros intereses y objetivos, que, a finales del siglo XX dejaba muy pocas áreas de libres de esta influencia. En el caso de China, su llegada tardía a esta carrera no impedirá que desarrolle un fuerte papel en territorios como el África subsahariana, donde ha encontrado importantes apoyos entre varios regímenes y elites locales.

Así, tras una vinculación histórica con la política del continente africano en los años sesenta y setenta fundamentalmente de carácter ideológico, la presencia en los noventa de China en África es vista por muchos de los nuevos países como una alternativa al control de las

potencias occidentales, a la par que un modelo de desarrollo ajeno al mundo capitalista convencional. Estas bases de partida han convertido a China en un importante socio comercial de países como Nigeria, Sudáfrica, Sudán, Angola,... de los que extrae madera y recursos minerales fundamentalmente.

En esta vinculación de carácter comercial el autor señala diversas interpretaciones respecto al papel que representa China en el desarrollo de estos países. Así, en una relación marcada por el carácter capitalista y sin ningún sesgo de carácter ideológico (muy acorde con las políticas de transformación y crecimiento desarrolladas por el régimen de Pekín desde los años ochenta), China se presenta como un posible “socio en el desarrollo”, como un “competidor económico” o incluso como un nuevo “colonizador” que viene a sustituir la histórica presencia de británicos y franceses.

En la complejidad de estas relaciones se perciben numerosos intereses y mediatizaciones, así, el interés principal de Pekín se ve alentado por regímenes en muchos casos corruptos y acomodaticios. Las multinacionales mixtas chinas, controladas y apoyadas por el Estado pero con un funcionamiento idéntico al de cualquier empresa capitalista, obtienen de estos países importantes beneficios a la par que ofrecen a las elites gobernantes la posibilidad de trabajo y desarrollo con un respeto mínimo por las condiciones laborales de los empleados y por el respeto al medio ambiente (lo que abarata su producción y genera ciclos de crecimiento muy acelerados). Del mismo modo, de forma paralela se están extendiendo por todos los países subsaharianos pequeños y medianos comercios controlados por ciudadanos chinos que basándose en los mismos principios funcionales (fundamentalmente escaso respeto de las condiciones laborales de producción e intercambio) han conseguido copar importantes sectores de la economía de estos países. Estos grandes movimientos a nivel macro y micro han generado asimismo el fortalecimiento de unos flujos históricos de migración, muy débiles anteriormente, de población china hacia países africanos, fundamentalmente de la costa del Índico, como trabajadores de estas multinacionales o como empleados en estos comercios, hecho que consolida la influencia china en la zona a la par que libera contingente poblacional en un país fuertemente congestionado por el crecimiento demográfico.

Esta situación genera focos de conflicto en muchos de estos países, especialmente entre la población civil, que ve como pierde sus puestos de trabajo frente a la población china y ve muy deteriorada su estructura comercial interna. Estos hechos, no obstante, no parecen afectar a las políticas de la mayoría de sus gobiernos, que ven en China un factor de desarrollo mucho más fiable que el que representan los países occidentales (de hecho la actividad de los chinos en África ya ha generado importantes infraestructuras de comunicación y ha contribuido en determinadas zonas al crecimiento económico de la región).

Por su parte, los países occidentales, tradicionales inversores en el continente africano durante el periodo post-colonial, adoptan en la mayoría de los casos una actitud de expectativa ante la presencia de este nuevo competidor. En este sentido, si bien la actividad de China genera cierta desconfianza entre determinados sectores de los gobiernos occidentales y pueden representar focos de conflicto en sus intereses geoestratégicos (como sucedió con la participación china en el conflicto de Darfur a favor del régimen sudanés) los países occidentales aún no han adoptado una posición activa en este sentido, en buena parte motivada por el hecho de centrar sus objetivos en otras áreas de influencia como Oriente Próximo y los países del Golfo Pérsico.

La cumbre de Beijing del foro sobre Cooperación China-África de 2006, con fuerte presencia de líderes africanos en la capital china, no sólo supone el punto culminante de este proceso, sino que representa la consolidación de esta influencia china en África a la par un nuevo jalón en el desarrollo de la misma. El carácter de esta influencia, siguiendo las tesis del autor de la obra, gira en torno al papel que puede desempeñar China en la realidad, de socio, competidor y colonizador. La complejidad de la situación y lo cambiante de la misma impide efectuar una afirmación categórica en este sentido, si nos muestra, sin embargo, la capacidad que ha desarrollado china en el nuevo contexto del capitalismo global, de adaptarse, usando las armas y herramientas del capitalismo en adecuación a su régimen político y creencias culturales, para crecer, desarrollarse y modernizarse, ofreciendo una posición firme a nivel geoestratégico frente a la tradicional preponderancia de países como EEUU o los países europeos.

La obra, en este sentido, ofrece una visión sintética de toda esta problemática, destacando su claridad y su excelente documentación, ofreciendo datos de intercambios comerciales, migraciones, inversiones, etc. que ayudan a configurar la realidad de un proceso excesivamente complejo y poliédrico que sin embargo afecta de forma clara a los intereses geoestratégicos de occidente en el continente africano. En este sentido, el texto, concebido como un pequeño elemento divulgativo, aporta interesantes reflexiones no sólo sobre la problemática concreta de la intervención y cooperación de China en África, sino, de forma directa e indirecta, sobre toda la configuración internacional posterior al fin de la Guerra Fría y las nuevas posibilidades de conflicto y cooperación abiertas a partir de 1990.

Bartolini, Stefano, *Restructuring Europe. Centre Formation, System Building, and Political Structuring between the Nation State and the European Union*. Oxford, Oxford University Press, 2007, 415 pp.

Por Javier Lión Bustillo
(Universidad de Cádiz)

El evidente desapego de gran parte de los ciudadanos hacia el proceso de construcción europea ha conducido a múltiples análisis que se han esforzado por explicar las razones de esta decepcionante evidencia, a pesar de los esfuerzos de las élites continentales por estrechar el vínculo entre el *demos* y las instituciones europeas. Tradicionalmente el desinterés popular se explicaba como efecto de la escasa relevancia de las instituciones representativas de la UE y de su “déficit democrático”, pero el incremento de los poderes del Parlamento en los últimos años no ha supuesto un cambio relevante al respecto.

El profesor Stefano Bartolini aborda esta cuestión desde una perspectiva mucho más amplia que la habitual, cuestionando abiertamente el fácil recurso a la “especificidad” de la integración europea para explicar cualquier disfunción con respecto a la evolución de los Estados nacionales. Al contrario, lo que hace es partir de un supuesto mucho más ambicioso: enmarcar la integración europea dentro del proceso de creación de formas políticas a lo largo de la Historia.

Para Bartolini, en el mundo siempre encontramos unas líneas de demarcación (*boundaries*) que limitan bien un territorio o un

grupo, habiendo así límites de tipo económico, cultural, político-administrativo o militar. Esos límites pueden ser coincidentes entre sí o no; precisamente una característica de los Estados europeos desde el siglo XVI es esa progresiva coincidencia, de modo que las líneas de demarcación internas se van diluyendo, mientras que es la frontera exterior del Estado (*border*) la que constituye una separación nítida con su entorno. Tanto los límites internos como las fronteras exteriores pueden tener un carácter más o menos permeable, lo que condiciona las posibilidades de la población y de las élites de poder. Si los límites son rígidos, los insatisfechos no tendrán más opción que tratar de influir sobre las decisiones de las élites, bien mediante una presión sutil (contactos en la administración) o mediante la abierta protesta; si existe una gran permeabilidad, los habitantes descontentos tendrán importantes opciones de salida, lo que influirá en el comportamiento de las élites. No obstante, las élites pueden tratar de manipular esa disyuntiva, promoviendo un cambio cultural que refuerce la lealtad de la población, reduciendo así las opciones de salida (según Albert Hirschman).

Basándose en el estudio clásico de Stein Rokkan, Bartolini considera que la construcción de los Estados modernos en el continente habría tenido lugar mediante tres grandes procesos: inicialmente, una etapa de formación (*centre formation*), a partir de la creación de un orden de coerción dotado de una frontera exterior que limitaba su soberanía; una segunda fase, en la que se crea un sistema político (*system building*), mediante nuevas estructuras de mantenimiento del sistema, tales como identidades colectivas, instituciones y participación; y una tercera, de estructuración política (*political structuring*), en la que se conforman canales y medios de representación. Así, en el siglo XVI habría surgido un “Estado bélico soberano” basado en la coerción, sometido a innumerables conflictos militares. El mismo evolucionaría en el siglo XVIII hacia un “Estado comercial cerrado”, basado en la construcción de un mercado interno, creándose una gran vinculación entre capitalismo y Estado (al tiempo que se generaba una gran hostilidad hacia los demás Estados). El S. XIX se caracterizó por importantes esfuerzos de “construcción nacional”, que tuvieron como objetivo el hacer coincidir las líneas de demarcación culturales con las fronteras estatales; buscando el crear un sentimiento de igualdad entre los habitantes de un Estado,